

Plaza Pública
Para la edición del 5 de enero 1996

Rafael de la Colina

Miguel Ángel Granados Chapa

■ Ayer la Secretaría de Relaciones Exteriores rindió homenaje a don Rafael de la Colina, muerto en Washington una semana atrás, el 27 de diciembre de 1995. Con él casi se extinguió una generación de diplomáticos que no salían del país a *venderlo* (sea literalmente o en su acepción mercantil de ponderar su imagen) como lo estilan muchos de los que ahora confunden la política exterior con la pura economía. Sin desdén alguno por la promoción comercial y la gestión financiera, necesarísimas para una república postrada como la nuestra, es claro que se ha empobrecido y abaratado la función diplomática cuando ha ocurrido alguna de las dos cosas que han ocurrido: o bien que esa diplomacia está a cargo del secretario de Comercio (como en el sexenio pasado), o que el único antecedente diplomático del canciller consista en haber renegociado la deuda externa (como en el presente).

Sin caer en el nostálgico sentimiento de que en la diplomacia todo tiempo pasado fue mejor, parece cierto que en la diplomacia todo tiempo pasado fue mejor. Lo ilustra así la vida de don Rafael de la Colina, uno de los grandes embajadores mexicanos. Lo fue durante largo tiempo ante la Organización de los Estados Americanos. Pero quizá es preferible recordarlo como "el buen

cónsul", tal como lo llamó Andrés Iduarte, ya que en esa función don Rafael desplegó sus más acendradas virtudes profesionales y humanas.

Nacido en Tulancingo, Hgo., el 20 de septiembre de 1898, Rafael de la Colina ingresó antes de los veinte años al servicio exterior: el Presidente Carranza mismo firmó su primer nombramiento, como ayudante del secretario particular del canciller, que lo era el general Cándido Aguilar. Cónsul desde 1923, veinte años más tarde pasó al servicio diplomático, en cuyo campo fue embajador ante la Casa Blanca y representante mexicano ante las Naciones Unidas y la OEA, amén de su **participación en muchas misiones multilaterales.**

Como ser humano, sus valores fueron exaltados por el también finado don Antonio Gómez Robledo, quien halló el secreto de la permanente juventud de don Rafael en su "actitud de alerta disponibilidad...para tomar un interés vital por todo cuanto en este mundo es o ha sido grande, bello, buen o en general valioso, y ajustar su conducta a la irradiación diariamente sentida, diariamente renovada, de aquel universo de valores patente a la mirada interior". Al proponerlo por segunda vez para la medalla Belisario Domínguez, que el Senado le entregó en 1974, el entonces secretario Emilio O. Rabasa evaluó la tarea diplomática de don Rafael diciendo que "agrega a su acrisolado patriotismo la más profunda erudición en materia de relaciones internacionales, lo que le ha hecho merecedor del reconocimiento y el respeto general no sólo de sus conciudadanos, sino de las cancillerías extranjeras que

en él han visto, invariablemente, a un campeón de las causas justas que, sin perder jamás de vista los intereses de su gobierno, busca fórmulas que permitan la solución pacífica de los numerosos y complejos problemas que se plantean en el máximo foro interamericano".

Me gusta mucho más, sin embargo, el retrato que Iduarte trazó del cónsul De la Colina. No era sólo "el buen cónsul", sino "un gran cónsul", cuya misión "tiene mucho de padre y de hermano mayor, sobre todo cuando se ejerce en países donde pesa sobre nuestros nacionales la discriminación y el prejuicio. Para ampararlos está el cónsul, y con calor familiar había ya aprendido a protegerlos De la Colina en Texas, en la Louisiana, en California, para no mencionar más que los estados donde la defensa de los mexicanos es más urgente y más ardua".

Iduarte escribió esas líneas en *El Nacional*, el 22 de enero de 1975, y luego las recogió en sus *Semblanzas*, noveno y último tomo de sus obras, felizmente publicadas por Joaquín Mortiz. El texto halló lugar, igualmente en la obra dedicada a don Rafael por el Archivo Histórico Diplomático de México, con motivo de sus sesenta años de servicial tarea, cumplidos en 1979. Tiene sentido republicarlas hoy, no sólo para darles mayor difusión, y en memoria del ya ausente, sino también porque alumbran zonas hoy oscuras en nuestra presencia ante el exterior:

"La protección la cumplió (don Rafael) siempre horizontalmente, de igual a igual, de mexicano a mexicano. Nunca tuvo la actitud de ampararlos desde

arriba, sino codo con codo, ni la de servirlos como quien hace un favor, sino como quien apasionadamente cumple un deber, no oficial sino humano, profundamente humano. *Es uno de los nuestros*, le oí decir a los obreros más pobres, en la lucha por sus derechos, en las duras, y también en las reuniones y festivales, en las maduras. En cualquier compatriota necesitado vio siempre una cruzada generosa, nunca una tarea molesta. Y al reunirse con los mexicanos en las largas celebraciones patrióticas, ante las buenas o las malas interpretaciones de nuestros bailes y nuestras canciones, no le faltaba la sonrisa comprensiva y estimulante. Alguna vez alguien dijo, en su presencia, *la mexicanada*. Rafael, con la medida que lo caracteriza, contestó: A esa *mexicanada* representamos y para servirla vinimos. Y usted y yo, ¿qué somos? Dos números más, y no los más altos, de la *mexicanada*. Aparte de que la palabrita no es la más propia".

Y de sí mismo, ¿qué pensaba don Rafael?. Creyó que su "principal, si no único merecimiento, es haber procurado servir a la patria por más de medio siglo, en dedicación y afán invariables" Y recordaba, "como iluminadas por relámpagos", escenas de su actuación consular, como su defensa, en Nueva York, de la expropiación petrolera "con la cual procuré, aunque fuera en pequeña escala, contrarrestar la gigantesca y violenta campaña publicitaria contra México, que se orquestaba desde lo alto del edificio número uno de la Plaza Rockefeller en esa metrópoli". ■■■

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Rafael de la Colina

Retirado del servicio exterior después de sesenta años de fructífero trabajo, el embajador hidalguense que murió el último miércoles de 1995, encarnó valores que están casi en extinción en la diplomacia del neoliberalismo mexicano.



AYER LA SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES rindió homenaje a don Rafael de la Colina, muerto en Washington una semana atrás, el 27 de diciembre de 1995. Con él casi se extinguió una generación de diplomáticos que no salían del país a venderlo (sea literalmente o en su acepción mercantil de ponderar su imagen) como lo estilaban muchos de los que ahora confunden la política exterior con la pura economía. Sin desdén alguno por la promoción comercial y la gestión financiera, necesarísimas para una República postrada como la nuestra, es claro que se ha empobrecido y abaratado la función diplomática cuando ha ocurrido alguna de las dos cosas que han ocurrido: o bien que esa diplomacia está a cargo del secretario de Comercio (como en el sexenio pasado), o que el único antecedente diplomático del canciller consista en haber renegociado la deuda externa (como en el presente).

Sin caer en el nostálgico sentimiento de que en la diplomacia todo tiempo pasado fue mejor, parece cierto que en la diplomacia todo tiempo pasado fue mejor. Lo ilustra así la vida de don Rafael de la Colina, uno de los grandes embajadores mexicanos. Lo fue durante largo tiempo ante la Organización de los Estados Americanos. Pero quizá es preferible recordarlo como "el buen cónsul", tal como lo llamó Andrés Iduarte, ya que en esa función don Rafael desplegó sus más acendradas virtudes profesionales y humanas.

Nacido en Tulancingo, Hgo., el 20 de septiembre de 1898, Rafael de la Colina ingresó antes de los veinte años al servicio exterior: el presidente Carranza mismo firmó su primer nombramiento, como ayudante del secretario particular del canciller, que lo era el general Cándido Aguilar. Cónsul desde 1923, veinte años más tarde pasó al servicio diplomático, en cuyo campo fue embajador ante la Casa Blanca y representante mexicano ante las Naciones Unidas y la OEA, amén de su participación en muchas misiones multilaterales.

Como ser humano, sus valores fueron exaltados por el también finado don Anto-

nio Gómez Robledo, quien halló el secreto de la permanente juventud de don Rafael en su "actitud de alerta disponibilidad... para tomar un interés vital por todo cuanto en este mundo es o ha sido grande, bello, bueno o en general valioso, y ajustar su conducta a la irradiación diariamente sentida, diariamente renovada, de aquel universo de valores patente a la mirada interior". Al proponerlo por segunda vez para la medalla Belisario Domínguez, que el Senado le entregó en 1974, el entonces secretario Emilio O. Rabasa evaluó la tarea diplomática de don Rafael diciendo que "agrega a su acrisolado patriotismo la más profunda erudición en materia de relaciones internacionales, lo que le ha hecho merecedor del reconocimiento y el respeto general no sólo de sus conciudadanos, sino de las cancillerías extranjeras que en él han visto, invariablemente, a un campeón de las causas justas que, sin perder jamás de vista los intereses de su gobierno, busca fórmulas que permitan la solución pacífica de los numerosos y complejos problemas que se plantean en el máximo foro interamericano".

Me gusta mucho más, sin embargo, el retrato que Iduarte trazó del cónsul De la Colina. No era sólo "el buen cónsul", sino "un gran cónsul", cuya misión "tiene mucho de padre y de hermano mayor, sobre todo

Nacido en Tulancingo, estado de Hidalgo, el 20 de septiembre de 1898, Rafael de la Colina tuvo a mérito su patriotismo, concretado en la defensa de los intereses de México y la protección a los mexicanos en el extranjero.

cuando se ejerce en países donde pesa sobre nuestros nacionales la discriminación y el prejuicio. Para ampararlos está el cónsul, y con calor familiar había ya aprendido a protegerlos De la Colina en Texas, en la Luisiana, en California, para no mencionar más que los estados donde la defensa de los mexicanos es más urgente y más ardua".

Iduarte escribió esas líneas en *El Nacional*, el 22 de enero de 1975, y luego las recogió en sus *Semblanzas*, noveno y último tomo de sus obras, felizmente publicadas por Joaquín Mortiz. El texto halló lugar, igualmente en la obra dedicada a don Rafael por el Archivo Histórico Diplomático de México, con motivo de sus sesenta años de servicial tarea, cumplidos en 1979. Tiene sentido republicarlas hoy, no sólo para darles mayor difusión, y en memoria del ya ausente, sino también porque alumbran zonas hoy oscuras en nuestra presencia ante el exterior:

"La protección la cumplió (don Rafael) siempre horizontalmente, de igual a igual, de mexicano a mexicano. Nunca tuvo la actitud de ampararlos desde arriba, sino codo con codo, ni la de servirlos como quien hace un favor, sino como quien apasionadamente cumple un deber, no oficial sino humano, profundamente humano. Es uno de los nuestros, le oí decir a los obreros más pobres, en la lucha por sus derechos, en las duras, y también en las reuniones y festivales, en las maduras. En cualquier compatriota necesitado vio siempre una cruzada generosa, nunca una tarea molesta. Y al reunirse con los mexicanos en las largas celebraciones patrióticas, ante las buenas o las malas interpretaciones de nuestros bailes y nuestras canciones, no le faltaba la sonrisa comprensiva y estimulante. Alguna vez alguien dijo, en su presencia, la mexicana. Rafael, con la mesura que lo caracteriza, contestó: A esa mexicana representamos y para servirla vinimos. Y usted y yo, ¿qué somos? Dos números más, y no los más altos, de la mexicana. Aparte de que la palabrita no es la más propia".

Y de sí mismo, ¿qué pensaba don Rafael? Creyó que su "principal, si no único merecimiento, es haber procurado servir a la patria por más de medio siglo, con dedicación y afán invariables". Y recordaba, "como iluminadas por relámpagos", escenas de su actuación consular, como su defensa, en Nueva York, de la expropiación petrolera "con la cual procuré, aunque fuera en pequeña escala, contrarrestar la gigantesca y violenta campaña publicitaria contra México, que se orquestaba desde lo alto del edificio número uno de la Plaza Rockefeller en esa metrópoli".